

Perriaux de Videla, Josefina

Una ética para el siglo XXI

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Perriaux de Videla, Josefina. *Una ética para el siglo XXI* [en línea]. Buenos Aires : Educa, 2016. (Familia, Escuela de Humanidad ; n. 15) Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/greenstone/cgi-bin/library.cgi?a=d&c=libros&d=etica-para-siglo-xxi> [Fecha de consulta:.....]

**Una ética para
el siglo XXI**

Josefina Perriaux de Videla

Una ética para el siglo XXI



EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA ARGENTINA

Perriaux de Videla, Josefina

Una ética para el siglo XXI / Josefina Perriaux de Videla. - 1a edición especial. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Educa, 2016.

76 p. ; 16 x 11 cm.

Edición para Fundación Universidad Católica Argentina
ISBN 978-987-620-324-1

1. Ética. 2. Moral. 3. Educación en Valores. I. Título.
CDD 170



EDITORIAL
DE LA UNIVERSIDAD
CATÓLICA ARGENTINA

FUNDACIÓN UNIVERSIDAD CATÓLICA ARGENTINA
A. M. de Justo 1400 • P.B., Contrafrente • (C1107AAZ)
Tel./Fax 4349-0200 • educa@uca.edu.ar
Buenos Aires, noviembre de 2016

ISBN: 978-987-620-324-1

Nota preliminar

El Instituto para el Matrimonio y la Familia ofrece a la comunidad un nuevo volumen de la colección: Familia, Escuela de Humanidad.

Las obras que la componen son el fruto de estudios de investigación, de una dedicación intensa a la docencia y la divulgación, frente a públicos muy heterogéneos y de experiencias de vida de distinta índole.

La colección está dirigida a padres, docentes, agentes de pastoral y líderes comunitarios.

El Instituto para el Matrimonio y la Familia se propone esclarecer, a través de estas publicaciones, algunos temas álgidos en la hora difícil y llena de desafíos que vivimos en la actualidad. Su anhelo es brindar por medio de ellas un servicio al fortalecimiento y la promoción de la familia.

Introducción

Hoy vivimos apurados, más que en ningún otro momento de la historia. Con una gran ayuda tecnológica, que nos libera de muchos esfuerzos que antes, en todos los órdenes nos demandaban tiempo, sin embargo, hoy «corremos» más que nunca. Llenos de intenciones, metas, que nos disparan hacia adelante en busca de objetivos.

Este ritmo bloquea con frecuencia en nosotros las preguntas existenciales más hondas: ¿Quién soy?, ¿Cuál es el origen último de mi existencia? ¿Hacia dónde voy? ¿Hay alguna meta grande en mi vida hacia la cual se encaminan los múltiples objetivos pequeños tras de los cuales corro?

Quizás, muchos de nosotros llevamos incorporada la respuesta cristiana que hemos recibido acerca de estos temas. Respuesta, que con el correr del tiempo -en una cultura tan adversa, que en el mejor de los casos prescinde de ella y con frecuencia la combate o ridiculiza- ha quedado «prendida con alfileres», sin verdadera

gravitación en nuestra vida.

El mundo¹ ve lo cristiano como un «manual de conductas», como una moral muy normativa, llena de preceptos de carácter más bien negativo. Con muchas prohibiciones, represiva, en particular en el área de la sexualidad. Lo ve también como una moral del cumplimiento de deberes, claramente poco gratificante y por ende, difícilmente convocante.

¿Es ésta una imagen acertada del cristianismo? Lo que ha dejado un sello tan profundo en la historia de la humanidad, ¿es algo tan pequeño y mezquino como esto? Benedicto XVI, en su primera encíclica, *Deus caritas est*, clarifica de entrada este punto decisivo:

Hemos creído en el amor de Dios: *así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida.*

1 Usamos este término en una de las dos acepciones que encontramos en las Sagradas Escrituras, aquella en la que tiene una connotación negativa. En efecto, hay una connotación **positiva**, que aparece en el Génesis, y que usaremos con frecuencia más adelante, en la cual el mundo significa la **obra de Dios**, respecto de la cual el texto bíblico afirma: «*Dios vio que era buena*». Pero hay también otra **negativa**, que encontramos en el evangelio de San Juan cuando dice por ejemplo «*No améis al mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguien ama al mundo, el amor del Padre no está en él... Si el mundo os odia, sabed que antes me ha odiado a mí*». (Jn 1, 2, 15-16 y 18) El término mundo hace alusión aquí a la **rebelión del hombre contra Dios**. A su rechazo de la obra creadora y redentora o a su modo de vida totalmente prescindente de ella.

*No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva.*²

El cristianismo no es una moral, tal como lo señala Benedicto, **es un encuentro con una Persona: Jesucristo**. Y la moral que se sigue de allí, o en otras palabras: el camino para llegar a Él, es algo bien distinto de la imagen que se ha forjado el mundo de ella.³

Sin embargo, esa imagen -no podemos dejar de reconocerlo- es en buena medida justificada. A lo largo de la historia se han infiltrado en la moral cristiana, ideas bien ajenas a su verdadero espíritu. Esto se agudiza de un modo particular en los siglos XVIII, XIX hasta mediados del XX, tema que trataremos en la segunda parte de esta reflexión.

El corazón del cristianismo no es una moral, pero teniendo en cuenta la imagen distorsionada que el mundo se ha formado de ella, quisiéramos dedicar estas páginas a recuperar algunos fundamentos de una ética genuinamente cristiana. Esto nos permitirá identificar lo que le es extraño y, sin embargo, ha penetrado en ella en

2 Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n° 1

3 Aunque en varios momentos usaremos el término moral y el término ética alternativamente, etimológicamente, tienen connotaciones bien diferentes que más adelante explicitaremos.

distintos momentos de la historia y de un modo especial en los últimos siglos.

PRIMERA PARTE

I.

Un eje clave: carácter creatural del mundo

Deseamos ante todo recordar un eje clave -olvidado hoy- de la visión del mundo cristiana: **su carácter creatural.**

Pero... tomando esto como punto de partida, ¿es posible encontrar allí una ética para el siglo XXI, tal como lo hemos propuesto en el título de estas reflexiones?

Sí, creemos que sí. Este siglo, que ya va por su segunda década, en su afán de libertad, ha «perdido la realidad», el piso firme sobre el cual asentar su vida. Se han desdibujado los contornos de lo real que se ha vuelto puro material a moldear según la propia voluntad: lo real externo a nosotros y la propia realidad. No hay límites ya, por ejemplo, para la automodelación.

Estamos convencidos de que el antiguo concepto de creación -se remonta al génesis- conserva toda su

actualidad. No es, como suele pensarse, un concepto teológico, superado ya plenamente por la ciencia. Por el contrario, si abrimos «los ojos del corazón», es decir, si agudizamos nuestra capacidad de visión y nuestra afectividad también quiere ver, podremos descubrir la actualidad de esta idea y cuanta luz y sostén puede aportar para encontrar nuevamente un terreno sólido sobre el cual sostener nuestros pasos.

El carácter creatural del mundo del que queremos partir, reubica toda la visión de la realidad. Sí, aquello que relata el Génesis: la realidad ha sido creada -lo cual significa, lisa y llanamente, que es obra de Dios, sin intermediarios, obra de «sus manos»- deja su sello en toda la realidad.

a) ¿Idea de creaturidad, superada por la ciencia?

Para comprender lo que esto significa y sus enormes implicancias, es necesario primero despejar el horizonte de algo que bloquea nuestra mirada. El hombre actual considera que la idea de creación es de orden religioso y ha sido superada por la idea científica de evolución. Detengámonos un momento en este punto.

¿Qué sostiene el evolucionismo? Frente al hecho evidente de la profunda complejidad y perfección de las especies a lo largo del tiempo, formula una hipótesis: hay un encadenamiento entre ellas, las superiores proceden de las inferiores. Estamos frente a una **hipótesis**

científica, es decir, una explicación provisoria aun no verificada. Pero esta hipótesis no resulta incompatible con la idea de creación:

+ Es viable pensar en una creación de cosas materiales que evolucionan.⁴ Todo el proceso evolutivo, más que negarla parece corroborarla. ¿Cómo concebir que una materia inerte, indiferenciada, ciega, pueda por sí misma ordenarse, diversificarse y perfeccionarse hasta alcanzar la complejidad y perfección presentes en todo el universo? El orden implícito en todo este proceso nos remite más bien a Alguien que ha impuesto un plan en lo íntimo de lo real.

+ La verdadera ciencia constata la presencia de un «orden sublime» en lo íntimo de los objetos que estudia. Las leyes científicas son precisamente el mejor indicio de su existencia.⁵

Albert Einstein nos dice algo contundente al respecto:

4 Es viable siempre que se haga la salvedad con la existencia del hombre. La presencia en el hombre de un principio espiritual no puede ser explicada por evolución, requiere la intervención creadora. La materia puede perfeccionarse en su orden pero no dar un salto a una realidad superior de un orden diferente.

En cualquier progreso importante, el físico observa que las leyes fundamentales se simplifican cada vez más a medida que avanza la investigación experimental. Es asombroso ver cómo de lo que parece caos surge el más sublime orden. Y esto no puede ser referido al trabajo mental del físico, sino a una cualidad que es inherente al mundo.⁶

Ese orden es el sello más evidente de su creaturidad. Alude a Alguien que ha dado el ser a lo real y al darlo ha impreso en su interior un plan, una dirección y una finalidad que los seres tienden a explicitar.

5 Lo que si es incompatible con la idea de creaturidad es una afirmación **no científica** que hacen los divulgadores de la hipótesis evolucionista:

Todo es materia por lo tanto todo en el universo tiene su origen en ella.

- **No es una afirmación científica** porque el campo de la ciencia es lo empíricamente verificable, por lo tanto la ciencia no puede afirmar o negar nada de lo inmaterial. Y esta afirmación implica negar la existencia de toda realidad inmaterial.

- **Es una afirmación mas bien ideológica** -con fines prácticos- que busca desembarazarse de lo espiritual: niega la existencia de un ser superior a la materia en el origen del universo y niega la condición espiritual del hombre. Este es mero producto de la materia, altamente cualificado pero materia al fin.

6 Prólogo de A. Einstein al libro de Max Planck *¿ A dónde va la ciencia?*, Losada, 1941, pgs 9-14.

+La creaturidad no es entonces incompatible con la ciencia. Ella constata sus huellas. Es por el contrario la explicación racional a la que nos conduce el orden presente en lo íntimo de cada cosa y en el universo en su conjunto.

b) ¿Pero...es orden lo que vemos a nuestro alrededor?

¿A qué orden nos referimos? El orden, filosóficamente, significa unidad en la diversidad. Supone una complejidad de elementos que se integran armónicamente. Sin embargo, el mundo que ven nuestros ojos todos los días, no parece particularmente ordenado. Prendemos la tv, leemos el diario, salimos a la calle, no es precisamente orden lo que encontramos, sino más bien conflictos, guerras, odios, desajustes de todo tipo.

Por eso, creemos que ante todo es necesario distinguir dos ámbitos de realidad.

+ Por una parte, el **ámbito humano**, que comprende las **acciones del hombre**: su actitud hacia los demás, su proceder justo o injusto, su espíritu solidario o mezquino y a la vez, también sus **obras**: todo lo que el construye, produce, desde una obra de arte, hasta la bomba atómica por ejemplo.⁷

+ Por otra, el **ámbito de la naturaleza**, en el que

incluimos todo lo que el hombre encuentra frente a sí como algo dado.⁸ El conjunto de los astros, paisajes, minerales, vegetales, animales, ámbito al que los antiguos llamaban **cosmos**, que significa precisamente orden.⁹ El ser humano también pertenece a este ámbito, también encuentra frente a sí, su ser como algo dado. Su estructura corpóreo espiritual, es algo recibido, no es el autor de ella. Pero no todo es dado en su ser, como sucede en cambio con el resto de los seres del cosmos. Sus acciones libres y sus obras, tienen su origen en su libertad y pertenecen por ello a otro ámbito al que hemos denominado más arriba, ámbito humano.

Nos detendremos primero en el ámbito de la naturaleza. Es indudable que cuando nos alejamos de las grandes urbes, y podemos contemplar algún atardecer en el mar, algún paisaje sublime de lagos y montañas

7 La diferencia entre **acciones** del hombre y **obras**, reside en su resultado. En el primer caso, el **resultado es inmanente**, perfecciona o por el contrario corrompe al sujeto que la realiza (más allá de la repercusión que sin duda tiene en los demás). En el segundo: sus obras, el **resultado es transitivo**, exterior al sujeto, perfecciona (o no) a una realidad exterior a sí.

8 El término naturaleza tiene también otra acepción que explicitaremos más adelante.

9 El término latino equivalente es mundo, cuyo significado etimológico es el mismo: orden.

por ejemplo, descubrimos allí una particular armonía, belleza, paz, una «diversidad integrada», en definitiva, encontramos orden. También lo percibimos al ver cada ser de la naturaleza en particular. Pensemos en un ser vivo: la complejidad del cuerpo humano por ejemplo, la multiplicidad de sistemas que lo constituyen y la integración de todos ellos logrando una finalidad: la salud. Todo lo que ha de sincronizarse para que ese organismo esté sano, que lo normal sea la salud y la enfermedad sea sólo una alteración de ese proceso que habitualmente se desarrolla con un ajuste perfecto, todo ello, manifiesta un orden realmente admirable.

c) El orden en los artefactos

Para advertir mejor su significado focalizaremos la mirada ahora en el ámbito de los artefactos. Pensemos, por ejemplo, en la complejidad de una computadora, cuyos componentes están perfectamente integrados y permiten su eficiente funcionamiento. ¿Sería lógico pensar que esta sincronización la han logrado sus elementos por cuenta propia o es fruto del azar?, ¿Todo esto no reclama acaso un plan, un diseño previo de un autor inteligente? El orden artificial, de todo el universo de los artefactos, nos conduce necesariamente a la mente humana como única explicación posible. Pues bien, el orden natural, de un modo análogo, conduce también a un diseño inteligente previo, impreso en lo íntimo del

ser de las cosas¹⁰. Conduce en definitiva a su Creador.

d) ¿Y el ámbito humano?: miseria y grandeza

En el **ámbito humano**, como consecuencia de la libertad, que indudablemente es un gran don del que carecen los demás seres de la naturaleza, existe, sin embargo, la posibilidad del desorden. En palabras de Pascal, hay en el hombre *miseria y grandeza*.¹¹ Por ello, la percepción del orden se ve con mayor claridad, en el ámbito de la naturaleza, no afectado por un uso desordenado de nuestra libertad.

e) El orden corroborado por la ciencia, confirma la creaturidad

La existencia del orden en lo íntimo de lo real entonces, orden que descubre la ciencia y expresa formu-

10 El término **cosas** que usaremos con frecuencia, no hace referencia a objetos. En filosofía es equivalente a **lo real**, a **lo existente**.

11 Hay en el hombre dones admirables como la inteligencia y la libertad que le permiten, entre otras cosas, nada menos que vincularse con Dios. Pero existe también en él, en virtud de estos mismos dones, la posibilidad de optar mal. De usar su libertad no para perfeccionarse en la línea de su ser, sino por el contrario, para caer muy por debajo de sus posibilidades. Repetimos entonces con Pascal, hay *grandeza y miseria en él*.

lando leyes, y orden que con la mirada despejada de prejuicios y con apertura de corazón cualquiera puede descubrir, conduce en «estricta lógica» a su Autor.

II.

La verdad: primera consecuencia de la creaturidad

a) Las cosas son verdaderas

Ese diseño inteligente según el cual han sido creadas todas las cosas, ha impreso en lo íntimo de su ser, un sello intelectual: la capacidad de ser comprendidas por la mente humana, aquello que llamamos **inteligibilidad**. La existencia de la ciencia, como ya hemos mencionado, es la mayor prueba de esta huella en lo real. Unas palabras de Einstein, nuevamente, hacen alusión a este tema:

*Lo más incomprensible acerca de la naturaleza es su comprensibilidad.*¹²

12 Citado por Josef Pieper en *Creaturidad y tradición. Tres ensayos sobre la condición creatural del hombre*, Fades, Bs. As., 1983, pg 17.

Luis de Broglie¹³ nos habla también del carácter inteligible de las cosas.

*No nos maravillamos lo suficiente acerca de que cierto conocimiento científico sea posible.*¹⁴

En definitiva, las cosas son luminosas, tienen un sentido que podemos captar. Tienen contornos definidos, por ello podemos conocerlas y distinguirlas unas de otras. Desde la filosofía, a este sello intelectual que comprende todo lo que hemos dicho, lo llamamos verdad. **Las cosas son verdaderas**¹⁵, es la primera consecuencia importantísima de su creaturidad.

b) En ellas se fundan nuestros conocimientos verdaderos

Esta verdad presente en ellas: su modo de ser definido y luminoso, susceptible de ser conocido, que no depende de nosotros, objetivo, que no construimos, no

13 Físico francés (1892-1987). Premio nobel de física (1929)

14 Citado por Josef Pieper en *Creaturidad y tradición. Tres ensayos sobre la condición creatural del hombre*, Fades, Bs. As., 1983, pg 17.

15 Otro término usado muy frecuentemente en filosofía para referirnos a este aspecto de lo real es la palabra **naturaleza**. Las cosas tienen una naturaleza significa que han sido creadas, que tienen contornos definidos, significado y una estructura ordenada. Habíamos mencionado más arriba otra acepción, en la cual este término hace alusión al cosmos, al mundo que el hombre encuentra frente a sí como algo dado.

inventamos, sino que por el contrario, está frente a nosotros y se «nos impone», es la que posibilita que haya verdad en nuestra mente. Cuando nuestro conocimiento se adecúa a lo que las cosas son, podemos hablar de un conocimiento verdadero.

Este primer aspecto de la creaturidad tiene enormes implicancias que enseguida comentaremos, pero antes, no podemos dejar de remarcar su fuerte contraste con el pensamiento vigente hoy.

c) Para el hombre actual las cosas son como a cada uno le parecen

El término verdad ha casi desaparecido del horizonte contemporáneo, y más aún referido a la realidad. Si se lo menciona, es, a lo sumo, en relación a la subjetividad. Se trata de una verdad «conjugada»: mi verdad, tu verdad, su verdad. Cada uno tiene su verdad, ya no se reconoce una realidad objetiva, esta se ha ido desdibujando, perdiendo peso y relevancia. Ha desaparecido así el punto de referencia común en el que todos podríamos encontrarnos. La postura actual frente a la verdad es **relativista**: *las cosas son como a cada uno le parecen*, afirmaban los antiguos sofistas en consonancia con el hombre de hoy.

Sin embargo, aún el más relativista, en la vida diaria, en sus acciones, reconoce la existencia de una verdad objetiva. Cuando quiere salir de un lugar, lo hace

por la puerta y no intenta atravesar la pared. Si va caminando y ve un pozo, lo esquivo en vez de ignorarlo cayendo en él. En definitiva, actúa teniendo en cuenta una objetividad en lo real, en lugar de pretender hacerlo según «su parecer».

d) Sócrates anticipa la seriedad del tema de la verdad que deviene realidad personal en Jesucristo

Frente a los sofistas, tan coincidentes en su relativismo con la postura actual, se levanta la figura de Sócrates, en defensa de la verdad objetiva. Defensa de gran importancia y seriedad para él, al punto de jugarse la vida por esta causa. En el momento en que es sometido a juicio, cuando tiene oportunidad de defenderse, ante una de las acusaciones que le hacen declara lo siguiente:

*De todas las falsedades que han urdido, hay una que me deja lleno de asombro: aquella en que se decía que tenéis que precaveros de mí y no dejaros embaucar porque soy una persona muy hábil en el arte del hablar...A no ser que consideren hábil a aquél que sólo dice y se apoya en la verdad. Si es eso lo que queréis decir, gustosamente he de reconocer que soy orador.*¹⁶

16 <http://www.academiasocrates.com/socrates/apologia.php>. Lo resaltado en negrita en todos los textos citados a lo largo de esta reflexión es nuestro.

La entrega de su vida a favor de la verdad -pudiendo evadir la muerte se mantiene firme y no cede- anticipa otra entrega mucho mayor aún: la del Hijo de Dios hecho carne en Cristo. En Él, la verdad «se personaliza». El **es** la Verdad y así lo manifiesta: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida*. (Jn, 14,6) Y en el momento de dictaminarse su libertad o su condena, declara: *Yo vine a dar testimonio de la verdad. Quien escucha la verdad, escucha mi voz*. (Jn, 18,37) El tema de la verdad, tal como lo ha intuido Sócrates, revela aquí toda su seriedad y grandeza.

e) Implicancias de la postura relativista y de la postura realista

Ambas posturas: relativista y realista¹⁷, tienen implicancias bien distintas para nuestra vida.

Si las cosas son como a cada uno le parecen, obra-remos según el criterio de cada cual. No hay una realidad objetiva que «pida» ser escuchada, ni que «exija» nada de nosotros.

Si, en cambio, la realidad es verdadera: tiene contornos definidos, un significado, una estructura suscep-

17 Llamamos realista a la convicción que estamos intentando presentar, abandonada por el mundo de hoy, de que la realidad es verdadera, es decir, tiene contornos precisos, una naturaleza y es susceptible de ser conocida por quien esté abierto a ella.

tible de ser comprendida por nosotros y no es un material indeterminado, moldeable a nuestro antojo, lo más razonable es detenernos y «abrir bien los ojos». Reconocer que la realidad «tiene algo para decirnos», que hay una jerarquía en ella, que no todo tiene el mismo valor. Y esto nos convoca, sin duda, a obrar en consecuencia: no podemos tratar a una persona humana, por ejemplo, del mismo modo que a un envase descartable, desembarazándonos de ella cuando no nos resulta de utilidad. O comportarnos con un amigo, es decir, con alguien que tiene valor de por sí, como lo hacemos con el dinero, que es un medio, funcional a nuestras necesidades.

Para referirse a la verdad de lo real, Romano Guardini habla del **carácter verbal de las cosas**. Carácter verbal, que sin duda se sigue de su condición de creaturas. Las cosas son «palabras» dirigidas por Dios a nosotros. Su sentido y valor nos hablan y nos llaman a obrar, respetando su significado y jerarquía.¹⁸

18 Todo lo que nos rodea tiene también, en cierto sentido, «carácter verbal». De un modo particular lo tienen **las personas**. Guardini sostiene que si nuestro corazón está abierto y sabe escuchar, los demás pueden ser incluso un «camino» hacia Dios: *cuando (estamos) dispuestos a ver al otro tal como realmente es, y no como quisiéramos que fuera... cuando la mirada no le prescribe como debe ser y en cambio le da libertad para ser el que es... cuando sabemos recibir al otro tal como es, siempre de nuevo, día a día, sea el amigo, el esposo, el discípulo, el compañero... cuando nos abrimos a la*

*De la palabra de Dios proceden todas las cosas y tienen por eso, ellas mismas carácter verbal. Las cosas no son meras realidades... Son palabras de quien habla y crea, dirigidas a aquel que «tiene oídos para oír».*¹⁹

f) Verdad de las cosas. Verdad del ser humano

Obrar de acuerdo con la verdad de las cosas -o, en otras palabras, con la verdad objetiva- no se refiere sólo a todo lo externo al ser humano. Hay verdad también en el hombre, hay contornos en él, posibilidades y límites precisos, tan objetivos como en el resto de la realidad. Hay un plan, un diseño previo grabado en su ser, al que podríamos llamar **verdad del hombre** o **también na-**

verdad de los otros y ayudamos a cada uno en la línea de su propia y plena verdad, en vez de encerrarlo en una imagen que se prescribe desde afuera... Entonces el otro se convertirá en camino hacia Dios. Romano Guardini, *El realismo cristiano*. (La cita pertenece a este ensayo al cual pudimos acceder gracias a una traducción del Ing Enrique Cassagne que no ha sido editada. Por ello no figura la referencia bibliográfica.)

Todo lo que nos sucede tiene también «carácter verbal», y requiere de nosotros la misma actitud de apertura y escucha para descubrir su significado y obrar en consecuencia. En este mismo ensayo, Guardini nos dice: *también el destino es para el hombre un camino hacia Dios. No se puede entender a Dios sin apoyarse en lo que trae el acontecer.*

¹⁹ Romano Guardini, *Mundo y Persona*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1963, pg. 207.

turaliza humana.²⁰

g) El hombre contemporáneo rechaza la existencia de la verdad en su ser

Cuando el hombre quiere obrar autónomamente, no subordinándose a nada distinto de sí -cuando se entiende a sí mismo como pura libertad que puede hacer con su realidad lo que le plazca- intenta desembarazarse de lo real, negando allí la existencia de orden, estructura, consistencia. **Niega que la realidad tenga una naturaleza, que haya verdad en lo real, en particular en su propia realidad.** En la actualidad, la ideología de género que quiere prescindir de nuestra condición sexuada, lo primero que hace es negar la existencia de una naturaleza humana. Una de las pioneras del feminismo de género, expresa con toda claridad cuan «molesta» resulta nuestra naturaleza frente a los deseos de autoconstruirse. Para poder lograr ese objetivo propone entonces, desembarazarnos de ella.

Lo ‘natural’ no es necesariamente un valor ‘humano’. La humanidad ha comenzado a sobrepasar a la

20 Se suele limitar, erróneamente, lo natural en el hombre a su aspecto biológico. Sin embargo, todo su ser tiene contornos, estructura, significado, que con su libertad puede aceptar y desarrollar o por el contrario pretender ignorar, intentando transformarse en algo distinto de lo que es.

naturaleza... De hecho, por la sola razón de pragmatismo empieza a parecer que debemos deshacernos de ella ²¹

Pero la insensatez de esta pretensión del hombre contemporáneo, cada vez más sofisticada,²² de construirse a sí mismo sin tener en cuenta la propia realidad, revela una profunda insatisfacción y pone de manifiesto que el ignorar el propio ser le «está pasando factura.»²³ Lo mismo que sucede en el orden biológico se da

21 Shulamith Firestone, *The Dialectic of Sex*, Bantam Books, New York, 1970, p. 10.

22 Las mil diferentes opciones de cambio de género que han ido surgiendo en los últimos años –facebook da la posibilidad en Argentina de elegir en el perfil 54 géneros- parecen ya no ser suficientes. La última novedad es la opción de **ser transespecie**. Transcribo las declaraciones de Riviera, uno entre otros muchos más. «Siempre me he sentido ajeno a mi cuerpo. No es mi esencia, es solo un vehículo que sé cómo manejar. En cualquier caso, ¿qué significa ser humano?».

Riviera se considera un dragón. Se dio cuenta hace 15 años, después de tener lo que describe como sueños proféticos de su vida pasada.

Él es uno de los cientos de australianos **otherkin** que se identifican como miembros de otra especie (ya sea real o mitológica). <http://www.avisa.com.ar/article/116766/que-significa-ser-transespecie>.

23 Cuando no respetamos la estructura interna de lo real, ésta «se rebela». Lo vemos claramente en el orden biológico. Nuestro organismo «pide» determinado tipo de alimentación y rechaza en cambio otra. Si no tenemos en cuenta lo que éste demanda para estar saludable, los efectos no tardan en hacerse notar. Vemos lo mismo, en mayor escala, en los problemas ecológicos que se suscitan cuando el hombre atropella la obra creadora en lugar de respetar su estructura interna buscando perfeccionarla.

también, integralmente, en el orden corpóreo espiritual. Todo nuestro ser tiene contornos, una estructura, una naturaleza. Somos seres libres por ejemplo, pero con una libertad limitada, «delineada», que alcanza su cumplimiento cuando elegimos de acuerdo con la verdad de las cosas y de nuestro propio ser. Si no acepto los límites de mi libertad y pretendo prescindir de lo real y modelarme según mi parecer -hoy los ejemplos en la línea de no aceptación de nuestro ser sexuado, sobreabundan-²⁴ en lugar de liberarme, viviré siempre en contradicción con la propia realidad.

h) La verdad del hombre: algo común a todos y algo propio de cada uno en particular

24 Es bien conocido el caso de Tomas Beatie, mujer estadounidense que a los 23 años comenzó un tratamiento hormonal y quirúrgico para convertirse en un hombre, algo que logró de forma legal. Sin embargo, decidió mantener sus órganos reproductivos para poder gestar a sus propios hijos. Luego de ser reconocido legalmente como varón, se casó con una mujer, Nancy, pero decidió quedar «él» embarazado, logrando por inseminación artificial tener tres hijos.

Otra situación llamativa en esta línea, se dió en la Argentina con dos personas entrerrianas transexuales: Karen y Alexis, que en virtud de la *Ley de matrimonio igualitario* se casaron en noviembre de 2013. Alexis nació mujer, pero no conforme con su sexo realizó tratamientos hormonales para devenir varón. Karen nació varón, pero también se trató para devenir mujer y ambos por la *Ley de identidad de género* obtuvieron la identidad deseada. Alexis, ya con su nueva identidad de varón, queda embarazado de Karen -mujer según la ley y los tratamientos hormonales- y tienen una hija en diciembre de 2013.

Dentro de esta verdad referida al hombre, hay algo común a todos: lo que somos como seres humanos -la naturaleza humana- y algo propio de cada persona en particular.

Hay unas palabras de Guardini que, de un modo singularmente hondo y conmovedor, hacen alusión a este último aspecto de nuestra realidad.

Nos dice en su autobiografía:

Esta noche, al amanecer, a la hora de los sueños, también yo he tenido uno. ¿Qué es lo que en él ocurría? Ya no lo sé, pero se decía algo, y tampoco sé ya si se me decía a mí o era yo quien lo decía.

*En todo caso en el sueño se decía que **cuando el hombre nace se le entrega una palabra**, y era importante lo que esto significaba: no era sólo un talento sino una palabra. Esta es pronunciada en el interior de la esencia del hombre y es como la palabra clave para todo lo que posteriormente sucede... **Y todo depende de que aquel al que ésta le ha sido dicha (todo hombre, ya que a cada uno se le dice una), la comprenda y esté de acuerdo con ella.** Y quizás sea esta palabra el fundamento de lo que un día el Juez le dirá.*²⁵

25 Romano Guardini, *Apuntes para una autobiografía*, Encuentro Ediciones, Madrid, 1992, pg. 12 y 13.

Esta palabra alude a esa verdad propia del ser de cada uno o, en otros términos a la vocación propia y personalísima.

Y esto se explicita aún más en un pasaje de su comentario al *Mensaje de San Juan*:

El saber de Dios está en la raíz de mí ser. Yo no vengo del «seno del ser», ni del «fondo original de la Naturaleza», ni de la «tiniebla del devenir del mundo», y demás frases panteístas, que suenan tan grandiosamente, pero que cuando se las agarra no dejan nada en la mano, y en cambio dejan en la lengua el mal regusto de que se han burlado de nosotros. No, yo vengo de la luz de la verdad de Dios.

Amigos míos, consideren algo que, cuando lo comprendió San Agustín, desencadenó en su espíritu una tempestad de dicha de verdad: ¡Dios tiene una idea de mí! ¡Hay en Dios una imagen viva de mí, concebida por El, y confirmada y querida por El!...

No venimos del fondo oscuro de la naturaleza, del devenir azaroso del mundo, sino de la luz de Dios, quien al crearnos, tuvo una imagen, un proyecto, expresado en esa palabra a la que alude el texto anterior. Nos pensó amorosamente como alguien único e irrepetible. Y nos dio inclinaciones profundas y aptitudes para realizar ese proyecto, que existen en cada uno en forma germinal. Podemos abrirnos a él y descubrirlo en la propia inte-

rioridad. Nuestra libertad se juega en esa apertura, en aceptarlo y desarrollarlo o, por el contrario, en rebelarnos contra él.

Y Guardini continúa:

*A veces, en momentos raros, nos roza un presentimiento de esa imagen. Nos toca la sensación: detrás de mi existencia hay algo que es bueno ante Dios. Esta existencia que está tan desgarrada; en que hoy ocurre esto, y mañana aquello; aquí hago una cosa y allá otra; tan pronto tengo alegría como dolor; y todo a veces está tan destrozado, tan sin orden ni sentido... Detrás de ello hay una imagen en el pensamiento de Dios, refulgiendo de verdad. Y cuando lo conceda su gracia, vendrá el momento en que yo encuentre esa imagen mía y me identifique con ella en la luz eterna. Entonces existiré de veras.*²⁶

Es esperanzador conocer aquello que llenó de alegría el corazón de San Agustín. Detrás del desorden en el que a menudo transcurre nuestra vida, hay algo muy bueno ante Dios: esa imagen, ese proyecto que puedo llegar a descubrir y, de a poco, ir aproximándome a él.

i) Conócete a ti mismo y sé lo que eres

²⁶ Romano Guardini, *Mensaje de San Juan, Meditaciones Teológicas*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1965, pg. 579.

Refiriéndose a ambos aspectos de nuestra verdad, el común a todos, y el propio de cada persona en particular, Emilio Komar²⁷, resumía la vida ética en dos máximas:

*Conócete a ti mismo*²⁸ y *sé lo que eres*²⁹.

La ética³⁰ sería entonces no sólo obrar de acuerdo con la realidad de las cosas, con su jerarquía, sino también y particularmente, de acuerdo con la propia realidad, desplegando las potencialidades presentes en cada uno, como ser humano y como tal persona en particular.

27 Filósofo esloveno. (1921-2006) Gran Profesor de filosofía de la Universidad Católica Argentina del cual tuve la enorme gracia de ser alumna.

28 Aforismo griego, inscripto en el frontispicio del Templo de Apolo en Delfos y que Sócrates asume como una máxima fundamental de la ética.

29 Palabras del poeta griego Píndaro.

30 La palabra ética viene del griego «Ethos» y puede escribirse con **e corta** o con **e larga**. En el primer caso, significa **costumbre, uso**. La palabra latina equivalente a ésta es **moral**. Por eso el término moral tiene ya, de partida, un matiz sociologista, relativista. Las normas morales dependen de lo que dice la sociedad, los usos, las costumbres. En cambio ética con e larga significa **carácter, personalidad**. En lugar del acento extrínsecista de la palabra moral, el término ética, por el contrario, sugiere ya que nuestras profundas tendencias han de explicitarse y encauzarse. Cfr Emilio Komar, *La verdad como vigencia y dinamismo*, Ediciones Sabiduría Cristiana, Bs. As., pgs 8 y 9.

j) El «conócete a ti mismo», ¿no conduce a descubrir mucho desorden en nuestro interior?

¿Es posible un «sé lo que eres» sin más, como un despliegue espontáneo, sin «filtros» de lo que somos? Para clarificarlo es necesario distinguir **dos niveles en la interioridad del hombre**:

- Un nivel más profundo, en el que hay orden.³¹ Nuestro corazón, toda nuestra persona, ha sido modelada por Dios y tiende desde lo más profundo hacia Él,

31 No dejamos de advertir la gran diferencia entre lo que afirmamos en este punto y la concepción antropológica de Freud que tanta influencia ha tenido en nuestra cultura. Para él en lo más hondo del hombre hay un caos de pasiones y fuerzas instintivas, ciegas y descontroladas. Sin embargo, hay también una línea psicoanalítica -el psicoanálisis del self- que culmina en el psiquiatra vienés Heinz Kohut, que realiza un giro revolucionario en este tema: lo más hondo en el hombre, su **cimiento último** no son pulsiones caóticas, oscuras, sino la **realidad de la persona** cuyo núcleo no es oscuro sino luminoso. Núcleo al que nosotros -siguiendo el lenguaje bíblico, agustiniano y pascaliano, entre otros- llamaríamos **corazón**, aludiendo no a una afectividad sensible -como en el uso actual de este término- sino a **nuestro centro interior, intelectualivo volitivo**. Cfr Carlos Velasco Suárez, *Psiquiatría y Persona*, Educa, Buenos Aires, 2003, pgs 20-27

Esta visión del psicoanálisis del self acerca de nuestro cimiento último se aproxima bastante al nivel más hondo de la interioridad del hombre, que hemos mencionado. Encontramos allí, en lo profundo, a nuestro ser personal, modelado por Dios para el encuentro con El.

como lo expresa maravillosamente Agustín: *Nos hiciste Señor para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que no descansa en Ti.*³² Todo hombre, hasta el más perverso, tiene grabado en lo hondo de su ser ese deseo de absoluto, de felicidad plena, de Dios en definitiva, aún cuando yerre en el objetivo, poniendo su meta última en el dinero, la fama, el placer o tantas otras cosas.

Esto significa que en lo más profundo, hay en nosotros una connaturalidad, una «simpatía», una atracción hacia Dios y por ende hacia toda huella de él en las cosas: lo que hay de bueno y verdadero en ellas es lo que realmente satisface el corazón del hombre. En lo hondo hay orden en el cual apoyarse y hacia el cual reencauzar el desorden que existe y a menudo es grande, pero en un nivel más superficial.

- En este último nivel, fruto de las malas elecciones, con frecuencia hay desorden. Podríamos decir que, «impacientemente», ponemos nuestro deseo de plenitud total en bienes finitos, absolutizándolos, idolatrándolos. Y así, éstos, en lugar de puentes, se convierten en obstáculos. El dinero, la fama, el placer, son bienes, pero al usarlos desordenadamente -cuando hacemos de ellos un fin- desplazan el Verdadero Bien y nuestro corazón se desordena.

32 http://www.augustinus.it/spagnolo/confessioni/conf_01_libro.htm

En definitiva, sin duda hay desorden en nuestro interior, pero el fondo último del hombre no es caos, sino un orden básico, fuerte, que puede ser recuperado. Aquí cabe el «filtro»: el dominio, la ascética, la disciplina, apuntan al desorden interior para que recupere el cauce adecuado. El deseo sexual, ¿es sano? Obviamente lo es y tiene un papel importantísimo en la vida humana, tanto desde el punto de vista unitivo como generador de vida. Pero puede desordenarse y en vez de expresión de unión amorosa, ser ocasión de un uso del otro para la propia gratificación. La disciplina en este aspecto, el dominio, busca que no se canalice de un modo instintivo sino plenamente personal, que logre encauzarse adecuadamente, en cuanto a la persona, el momento y según el estado de vida.

III.

La bondad: otra consecuencia de la creaturidad

a) Por haber sido creadas las cosas son buenas

Nos hemos detenido hasta aquí en una consecuencia del carácter creatural de lo real: **la verdad**. Por ser creadas, las cosas son verdaderas y por ello, puede haber verdad en nuestra mente cuando lo que conocemos se adecua a lo que ellas son.

Pero hay también otra implicancia fundamental de

la creaturidad: **el bien**. En todo lo real encontramos no solo la huella de un diseño inteligente: la verdad, su aspecto inteligible, susceptible de ser conocido por nosotros. Descubrimos también que hay en las cosas algo más: la capacidad de atraernos, de suscitar nuestro deseo, de impactarnos y movilizarnos hacia ellas. En síntesis, así como son inteligibles, son también valiosas, amables, dignas de suscitar nuestro amor³³. A ese aspecto -que en realidad no es sino otra cara de la verdad, como enseguida veremos- lo llamamos **bien o valor**. Y así como la verdad nos conduce a un diseño inteligente, su bondad, o en otros términos, su amabilidad: la capacidad de despertar nuestra atracción, nos conduce a un acto de amor en su origen. Las cosas fueron creadas inteligentemente y con amor, por ello son verdaderas y buenas.

Esta afirmación referida a su bondad, resulta quizás más extraña todavía a los oídos del hombre actual que la que alude a la verdad. Frente a la presencia del mal, tan patente hoy de las maneras más diversas, ¿como es posible afirmar que todas las cosas son buenas?

Sostener la bondad de las cosas no implica de ningún modo negar la existencia del mal en el mundo. Este

33 Usamos aquí el término amor en su significado más general, como equivalente a deseo, atracción. En este sentido de la palabra, las cosas en cuanto buenas despiertan nuestro amor.

existe y hoy palpamos su presencia con particular agudeza.

b) La verdad de las cosas ilumina mi inteligencia, su bondad energiza mi voluntad

Antes de reflexionar sobre el tema del mal, detengámonos un poco más en el significado de la bondad de lo real. Estamos frente a otra cara de la verdad. La verdad y la bondad presentes en la realidad, difieren según la facultad humana³⁴ con la cual se vinculan o a la cual convocan. Así como la verdad de las cosas **ilumina mi inteligencia**, su bondad **energiza mi voluntad**,³⁵ activando mi vida afectiva.

34 Las facultades superiores del hombre -también llamadas potencias- son la inteligencia y la voluntad. Ambas son «herramientas» del alma para conectarnos con lo real: la inteligencia con la verdad, la voluntad con el bien.

35 Es necesario precisar el significado del término voluntad, ya que en la actualidad tiene una connotación muy restringida. Se la ve como la facultad de tomar decisiones, proponerse cosas y ponerse en acción, difícilmente se la vincule con el bien. Sin embargo, previamente a esas funciones que se le atribuye hoy, la voluntad es la facultad que es **conmovida, sacudida, energizada por el bien**, el valor, el aspecto atractivo de lo real. La decisión por ejemplo de emprender un viaje, estudiar una carrera etc, requiere primero que la voluntad, haya sido impactada, energizada por la meta hacia la cual tiende la decisión. Sin ese **aspecto afectivo fundamental** de nuestra voluntad, ninguna decisión se pone en marcha o, se decide, pero sin arraigo en un motivo fuerte, lo cual le da muy corto alcance a la decisión tomada. Puede suceder también -en el mejor de los casos- que la decisión se mantenga,

Si la realidad fuera «neutra», si no hubiera bienes, valores en ella que nos hicieran vibrar, permaneceríamos indiferentes, con los brazos caídos, «desmotivados» para obrar. Los valores, en cambio, que descubrimos en lo real -el aspecto de bien presente en los seres- despiertan nuestras inclinaciones, nos «llaman», movilizándolo así nuestro corazón, o, en otras palabras, convocando a toda nuestra persona.

Frente a un paisaje, por ejemplo, mi inteligencia ve y capta lo que tiene enfrente, es iluminada por esa realidad y a la vez mi voluntad se siente conmovida por su belleza, armonía, desea permanecer allí. O bien, frente a una persona humana, mi inteligencia puede captar su verdad, su perfil único e irrepetible como tal persona particular y a la vez, mi voluntad puede sentirse conmovida, atraída, por valores que descubre en su modo de ser peculiar.

pero será sólo a costa de un puro esfuerzo, no alimentado por el atractivo del valor descubierto en lo real. Se genera así algo que habitualmente se denomina **voluntarismo**. Un obrar por pura decisión o mandato de la voluntad, sin fundamento alguno en la percepción del sentido y valor de aquello por lo cual obramos.

La voluntad tiene entonces un triple aspecto: es **capacidad de congobernarnos frente al bien**, de **tomar decisiones libres**, y es **quién mueve a toda nuestra persona a ejecutar lo elegido**. Pero para que sus dos últimos aspectos prosperen a largo alcance, han de arraigar en el primero.

c) La bondad de las cosas. La bondad de las acciones libres

Hemos visto que hay **verdad en lo real** y secundariamente **en nuestra mente**, cuando se adecua a lo que las cosas son. Sucede algo análogo con el bien. Hay **bien en la realidad** y secundariamente, también hay bien, no ya en mi mente sino **en mis acciones libres**, cuando obramos de acuerdo con lo real, con su jerarquía objetiva de valores y con nuestra realidad: nuestra verdad como seres humanos y como tal persona individual.³⁶

Mis acciones libres son buenas entonces, cuando no anteponen lo inferior a lo superior, priorizando, por ejemplo, la búsqueda de dinero a la justicia, al honor o a la amistad. Cuando no consideran el valor de una realidad de acuerdo con su «funcionalidad», subestimando a una persona por su ancianidad, enfermedad o por llegar a la existencia en un momento inoportuno. Y en cuanto a la adecuación a la propia realidad, mis acciones son

36 A la verdad y al bien que residen en lo real se los llama **ontológicos** -ontos en griego significa ser- porque se refieren a las cosas, a los seres. A la verdad de mi mente se la denomina **lógica** -logos también del griego, alude a mi mente-. Por último, el bien de mis acciones libres es el bien **moral** -en esta acepción moral significa libre-. Por ello, ofrecer ayuda o por el contrario agredir a otro, son actos morales. Hacer la digestión, respirar, no lo son, porque no son actos libres.

buenas cuando no pretendo ser alguien distinto de quien soy, por querer responder a las expectativas del medio o de mis padres, por ejemplo, o por evadir un llamado interior a un camino grande que me saca de la comodidad en la que me he instalado.

d) ¿Cómo explicar la existencia del mal en un mundo creado?

No podemos eludir la aparente incompatibilidad de la existencia del mal con un mundo creado. ¿Cómo explicar su existencia si el mundo es obra de Dios? Estamos frente a unos de los temas más «movilizantes», que nos toca más de cerca y que requiere ser tratado con detenimiento. Como el espacio de estas reflexiones no nos lo permite, esbozamos ahora sólo una mínima aproximación a esta temática que será ahondada en otra oportunidad.

Autores importantes como Platón, Freud, intuyen la existencia de un desorden en el origen de la humanidad. La grandeza y la miseria, la ambigüedad de todo lo humano en comparación con los demás seres de la naturaleza, da pie a esta suposición.

La Revelación cristiana nos habla del **pecado original** como clave de interpretación de la existencia del mal. Es frecuente recordar el relato de este pecado como un cuento infantil, de catequesis de los primeros grados escolares. Sin embargo, bajo imágenes sencillas, se ex-

presan verdades muy serias y reveladoras acerca de la realidad humana y su desajuste interior.

¿Cuál es el núcleo de esta revelación? El hombre fue modelado para encontrar la plenitud en Dios. Pero no quiso recibirla de él sino autónomamente, por cuenta propia. Se produce así la **ruptura con Él**. Pero la búsqueda de Dios no es accidental, o algo externo a nosotros sino es el dinamismo más profundo del corazón humano. Se trata entonces de una ruptura medular que desencadena varias rupturas más. En primer lugar, se genera un gran **desajuste interior** y pérdida de armonía. A su vez, al desordenarse interiormente, el hombre comienza a entablar con los demás vínculos desajustados: **ruptura con los demás**. Y establece también una **relación desordenada con las cosas** que -al idolatrarlas, poniendo en ellas su sed de absoluto- dejan de ser puentes, para volverse obstáculos. Por último, como el hombre tiene un puesto central en el universo físico -Dios le pide «*dominar la tierra*»- al descolocarse él, al salirse de su puesto, no puede sino ocasionar un **desajuste general**³⁷: *la creación entera gime con dolores de parto*. (Rom, 8,22). Entra en el mundo la enfermedad y la muerte, naturales en el animal, por su condición corruptible, pero violentas en el hombre, por su condición corpóreo-espiritual.

37 Salvando todas las distancias, acontece algo así como lo que sucede cuando en un edificio se mueven los cimientos.

Podemos quizás rebelarnos frente a la respuesta del pecado original como clave de interpretación de la existencia del mal. Es posible que no nos «cierre». Mejor así. Si nos «cerrara», significaría que lo hemos tergiversado.

Pascal sostiene que el misterio del pecado original es el más incomprensible, pero el hombre sin este misterio resulta aún más incomprensible que ese misterio.³⁸

e) Libres, ¿por qué un don tan riesgoso?

Surge enseguida esta pregunta: ¿por qué Dios otorga libertad al hombre, ya que aun no siendo mala -podemos usar de ella para acoger a otro, ayudar, amar en definitiva, o, puede ser también ocasión de agresión, matanza, odio- implica tantos riesgos, riesgos que se han concretado. El hombre ha usado y sigue usando mal su libertad con mucha frecuencia. De ahí esa gran diferencia entre el orden y la armonía que reina en el ámbito de la naturaleza y lo que vemos en el ámbito humano.

Para meditar esto, nos apoyamos, una vez más, en un texto de Guardini en el que podemos encontrar un esbozo de respuesta. Nuestro autor ve en la libertad un gran don, un acto de profundo respeto por parte de Dios hacia el hombre:

38 Cfr http://ec.aciprensa.com/wiki/Blas_Pascal:_Los_Pensamientos, n 21

¿...el mismo Dios practica el respeto?

Ciertamente, no hemos de decir tonterías, pero creo que a esta respuesta hay que contestar que sí. Y precisamente el «respeto» se muestra en que Dios haya creado al hombre como ser libre... Dios quiere al hombre como su imagen, esto es, conociendo y capaz de responsabilidad. Ahí se expresa una voluntad divina de respeto, pues también habría podido crear al hombre de tal manera que estuviera sujeto al bien. Eso no habría significado nada bajo, incluso tal vez – si pensamos en el terrible desbordamiento de injusticia y crimen que atraviesa el mundo – hubiera sido grandioso y feliz. Desde el comienzo habría podido irradiar tan poderosamente su verdad en el espíritu del hombre, le habría podido situar tan elementalmente la supremacía del bien en la conciencia, que al hombre no le hubiera sido posible siquiera errar y pecar. Entonces el mundo habría llegado a ser una obra de arte de belleza y de armonía, pero habría faltado lo prodigioso de la criatura libre y también la disposición de ánimo de Dios ante esa libertad, que sólo sabemos expresar diciendo: Hace honor al hombre....

Aquí reina un misterio que no cabe sondear...³⁹

³⁹ Romano Guardini, *Una ética para nuestro tiempo*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1974, pgs 68-69.

En definitiva, Dios crea al hombre a su imagen, como persona y esto implica el don de la libertad. Lo creó para el encuentro con El, es decir, para la felicidad plena. Pero no quiso imponérsela. Quiso que el hombre asumiera personalmente su destino, lo cual supone la libertad. Esta respuesta nos da una pista... pero de ninguna manera «cierra» el tema. Por el contrario, se abre al misterio...

*El respeto de Dios ante la libertad, y al mismo tiempo la decisión con que él quiere el bien y sólo el bien, quizá no hay nada sobre lo que se haya meditado tanto como este misterio, pero todavía no lo ha penetrado nadie.*⁴⁰

Dios quiere más que nadie nuestro bien y a la vez nos hace libres, aún con el riesgo de nuestras malas elecciones... He aquí el misterio.

f) Misterio no absurdo

Pero misterio no significa absurdo. Por el contrario, misterio es hondura, grandeza que nos excede, demasiada luz para nuestra mente. Así como no podemos «ver» el sol, mirarlo cara a cara, no porque sea oscuro, sino por el contrario, porque nos deslumbra, tiene exce-

40 *Op. Cit.* pg 70

siva luminosidad para nuestra capacidad de visión, el misterio nos resulta incomprensible por la misma razón. No lo llegamos a captar plenamente no por su oscuridad sino por su carga de sentido, de luz, excesiva para las posibilidades de nuestra mente. Esto sucede con todos los temas últimos de la existencia humana en los que entran en juego los designios de Dios. Comprenderlos sería ver las cosas desde El, desde su «óptica», algo obviamente inalcanzable para nuestro entendimiento.

San Agustín, en su obra *La Ciudad de Dios* tiene unas palabras enigmáticas pero consoladoras: *Si hay misterio no hay injusticia*. Nos sugiere que si la realidad es más honda que lo que el hombre puede ver, en esa hondura está el significado de lo que hoy no alcanzamos a entender, y que a nuestros ojos, parece incluso una flagrante injusticia.

Algún día, cuando nuestro corazón esté purificado y nuestra mente despejada y fortalecida, más abierta a la luz y a la verdad, llegaremos seguramente a comprenderlo. Sin duda, después de atravesar las fronteras de esta vida.

IV. Ética cristiana: ¿represiva o liberadora?

Nuestra reflexión ha girado en torno a un eje clave de la visión cristiana del mundo -su carácter creatural- y

hemos visto dos de sus implicancias más importantes: por haber sido creadas con inteligencia y amor las cosas son verdaderas y buenas. Hicimos también un breve paréntesis, ineludible, sobre el tema del mal, sin el cual, la afirmación de la bondad de las cosas parece fuera de la realidad.

En el transcurso de estas líneas fue esbozándose la postura ética que deriva de allí, que -ya hemos insistido bastante- no es de ningún modo el corazón del cristianismo pero sí marca el camino para alcanzar su meta. Y es bien distinta de la imagen que hoy el mundo se ha forjado de ella.

¿De dónde brotan las normas aquí, aquellas que el mundo ve como un conjunto de restricciones a nuestra libertad y felicidad?

Surgen de la realidad. Son una respuesta a su jerarquía de valores objetiva y también, de un modo particular, responden a la realidad de nuestro ser.⁴¹ Buscan su despliegue, el desarrollo de lo que hay potencialmente en él.

Lejos de ser represivas entonces, son liberadoras

41 Expresado en otros términos, podemos decir que en la ética realista hay una doble adecuación: a lo objetivo exterior al hombre y a la propia objetividad. Se da con frecuencia una falsa identificación: de lo objetivo con lo exterior y lo subjetivo con lo interior a él. Sin embargo, en el ser del hombre también hay objetividad, hay contornos, hay verdad como ya hemos mencionado. Propios de todo ser humano y de cada uno en particular. Quien no tiene en cuenta esta objetividad y pretende apartarse de ella, termina advirtiendo su

de la propia realidad. Favorecen nuestra libertad en su sentido más hondo. No la libertad de elección sino la que se alcanza como consecuencia de decisiones acertadas: la libertad de despliegue de nuestro ser, de coincidencia con nosotros mismos, de «ser lo que somos». De ser, en definitiva, aquello que sintetiza esa palabra que «recibimos» al comienzo de nuestra existencia, a la que se refiere Guardini en el texto citado de su autobiografía.

V.

Dios, Creador y Redentor

Esta ética que se desprende del carácter creatural del mundo, configura lo que podríamos llamar una ética realista, ya que su punto de referencia fundamental es la realidad. Ética ya esbozada en la filosofía clásica, anterior al cristianismo, en la cual, aún sin conocer la revelación cristiana, hay aproximaciones a la idea de la creación.

existencia por la frustración, el descontento que produce en nosotros el intentar ser algo distinto de lo que somos. Un joven que involuntariamente no ha acertado en la elección de una carrera por ejemplo, tiene una experiencia viva de esto. Percibe un desajuste, una discordancia entre lo que ha elegido y el llamado de su corazón. Por el contrario, si finalmente logra acertar en aquello que coincide con su objetividad interior, vive en cambio una gran expansión. Comienzan a liberarse en él posibilidades latentes que frente al desacierto anterior permanecían bloqueadas.

Sobre ese esbozo se apoya la ética cristiana, plenamente enriquecida a la luz del carácter creatural del mundo: si la realidad ha sido creada, ¿cómo no «escuchar su palabra», estar atentos a su sentido, estructura y finalidad y obrar en consecuencia?

Y el Dios Creador, presente intuitivamente de algún modo en la ética clásica es también el Dios Redentor. La existencia del pecado en la vida del hombre -y nos referimos al pecado original en particular- no destruye la obra creadora, la desordena. La obra de Dios y el orden impreso en ella, es más fuerte que el desorden que pueda causar nuestro pecado. Por ello, la Redención busca recuperar el orden perdido, subyacente al desorden que ocasionan nuestras faltas. Las normas, la disciplina, la ascética son un no al desorden que hemos ocasionado en nuestro ser y un gran sí a recuperar la dignidad perdida.

La posibilidad de recuperar esta dignidad, ha sido «comprada» a un gran precio: *(Hemos sido) rescatados de la vana conducta... no con bienes corruptibles, como el oro y la plata, sino con la sangre preciosa de Cristo.* (1, Pedro, 1, 18). Por su muerte y resurrección hemos obtenido **la gracia** para intentar realizar ese gran «proyecto» que Dios pensó amorosamente para cada uno desde la eternidad.

SEGUNDA PARTE

Al comienzo de estas reflexiones, hicimos alusión a la imagen distorsionada que el mundo tiene de lo cristiano, al que identifica con una moral y una moral represiva, de mero cumplimiento, nada convocante por cierto.

Dijimos también que esa identificación, es en gran medida justificada. En su obra, *La existencia del cristiano*, hay unas palabras muy explícitas de Guardini referidas a este tema.

Se da efectivamente un tipo de proclamación de la fe que constantemente despierta el agobiante sentimiento de verse uno amenazado, el miedo a la condenación. Se trata de una forma de ver el mundo que todo lo interpreta siempre como malo, al poner el acento del mal en todo lo que significa «vida»: el impulso vital, el eros en todas sus formas, la confianza en el encuentro con el mundo, el gozo de conquistarlo, etc. Esta tendencia recorre toda la historia de la ética cristiana y la

configuración cristiana de la vida. Es la mentalidad dualista y, más tarde, la puritano-pesimista, que emerge de continuo en formas nuevas y llega a convertirse en una verdadera tiranía. Este tipo de religiosidad tiene consecuencias particularmente fatales cuando se une con una constitución psíquica exigente y complicada, con una ansiedad de conciencia que ve en todas partes obligaciones y prohibiciones, o con una inseguridad en el juicio moral que propende al sentimiento de culpabilidad...

La auténtica exigencia cristiana es, sin duda, grande y exige máxima entrega; pero no es lúgubre ni amengua el ánimo de vivir. Lo que ha ocurrido es que unas tendencias psicológicamente negativas se apoderaron aquí del mensaje cristiano y lo desvirtuaron.⁴²

Nos vamos a detener ahora, particularmente, en la distorsión que durante un largo tiempo -siglo XVIII hasta mediados del XX- se ha filtrado en la teología moral, en la catequesis, en la enseñanza cristiana en general, deformando lo genuinamente cristiano.

42 Romano Guardini, *La existencia del cristiano*, BAC, Madrid, 1997, pg. 6 y 7. Guardini, dedica su vida a «**destacar lo propiamente cristiano**» a mostrar «**la grandeza, originalidad y vitalidad del mensaje cristiano-católico**» Cfr *Apuntes para una autobiografía*, Ediciones encuentro, Madrid, 1992, pg 169

Luego de haber reflexionado acerca de algunos de los fundamentos de una ética realmente cristiana podemos, en esta segunda parte, indagar acerca del origen de esa distorsión. Esto nos permitirá distinguir bien todo lo que es ajeno a la primera.

Dos grandes visiones morales: moral de felicidad y moral de obligación

Para clarificar este tema nos puede ayudar Servais Pinckaers⁴³ que sintetiza el panorama moral a lo largo de la historia en dos grandes visiones:

-La **moral de la felicidad**: desde la antigüedad -pagana y cristiana- hasta el siglo XVIII. Esta coincide, como enseguida veremos, con la que hemos descripto en la primera parte, y

-La **moral de obligación**: a partir del siglo XVIII hasta mediados del XX.

I.

Moral de obligación

a) Kant, autor clave

43 Teólogo moral alemán (1925-2008)

Detengamos primero en la moral de obligación. Pinckaers la caracteriza así:

¿Qué es lo que se puede hacer y qué es lo que no se puede hacer? ¿Qué está permitido, qué está prohibido y cuáles son los límites? ¿Qué es lo obligado y qué es lo que es pecado? O simplemente como diría Kant, ¿qué debo hacer? Todas estas preguntas giran alrededor de la idea y del sentimiento de la obligación que imponen las leyes, los preceptos, las normas.⁴⁴

El autor fundamental que da origen a este tipo de moral es Kant. El concepto clave de su ética es el **deber**. Para percibir bien el «giro copernicano» que se da aquí, recordemos que el referente fundamental de la moral realista es la realidad objetiva, exterior e interior al ser humano. Obrar éticamente es adecuarnos a la jerarquía de bienes, de valores que encontramos en lo real y al bien de nuestro ser, a lo que somos como seres humanos y como tal ser en particular. ¿Por qué Kant **desplaza el eje ético del bien hacia el deber**?

b) No percibe ya el carácter creatural de lo real

La ética supone siempre una concepción del hom-

⁴⁴ Servais Pinckaers, *Las fuentes de la moral cristiana. Su método, su contenido, su historia*, EUNSA. 2006, pag 41

bre y de la realidad. En efecto, la concepción de Kant es bien distinta de la concepción realista del mundo, abierta a éste, buscando descubrir su sentido y obrar en consecuencia.

Esto esta «vedado» para Kant, pues no concibe a nuestras facultades superiores -inteligencia y voluntad- abiertas a lo real, receptivas de la verdad y valores presentes allí. No ve la connaturalidad y «empatía» entre ellas y la realidad. Para él lo real es caos, carece de orden e inteligibilidad, tanto el mundo exterior a nosotros como nuestra interioridad. Inteligencia y voluntad son entonces para él facultades totalmente activas. Nuestra inteligencia al conocer «impone» orden ubicando a la realidad externa en categorías. Y la voluntad ordena también la propia interioridad imponiendo deberes y obligaciones. No hay orden en lo real externo a nosotros ni en la propia realidad. El orden siempre es extrínseco, impuesto por la inteligencia y la voluntad.⁴⁵ En definitiva, ha desapareci-

45 Freud, en su visión de nuestro interior como algo caótico -mencionada anteriormente- coincide con Kant. Sus pacientes habían sido formados en este tipo de moral, que por su falta de «escucha» a las propias y genuinas inclinaciones, por el fuerte autocontrol de todo el mundo afectivo, resulta ciertamente «neurotizante». Por ello, se forja un concepto muy negativo de la moral pues la conoce a través de sus pacientes. Y así, debido a la gran influencia freudiana en nuestra cultura, se difunde una imagen peyorativa de todo lo moral. Freud recibe también la visión subyacente en ella de nuestras potencias superiores -muy reductiva- concebidas como facultades de control. Su concepto de superyó lo pone claramente de manifiesto.

do aquí la percepción del carácter creatural de lo real.

c) Profunda desconfianza de nuestro mundo interior

Hay en él una profunda desconfianza de nuestra afectividad, pasiones, corporalidad. Por una parte ve allí un mundo desordenado, pero además, un mundo que pone en riesgo el señorío propio de la persona humana pues nos hace dependientes de algo distinto de nosotros mismos. Subyace en su concepción un fuerte deseo de autonomía. Ve toda apertura, «escucha» y receptividad frente a lo real como una «heteronomía» -como un recibir la ley de otro- incompatible con la dignidad propia de la persona humana.

d) Deberes y obligaciones son impuestos, ajenos a nuestro ser

Los deberes y obligaciones para Kant, no brotan entonces de un «oído atento» y de una actitud de respeto frente a la jerarquía de lo real y a la propia realidad sino son impuestos por nuestras facultades superiores, ciegas ante todo ello.⁴⁶ Se configura así una ética de fuerte

46 No se trata todavía de un relativismo, estas obligaciones que nos imponemos son universales, son «pautas» comunes a todos - Kant las llama categorías a priori- pero tienen un asidero débil pues no se apoyan en un referente objetivo. Es previsible entonces un posterior deslizamiento hacia el relativismo como efectivamente aconteció.

autocontrol, represiva de la propia verdad interior, de nuestras inclinaciones profundas, de nuestra afectividad. Opresiva, mezquina, centrada en los propios actos, en el mayor o menor cumplimiento de las normas, muy favorable a la escrupulosidad.

Es previsible que una moral así entendida, tarde o temprano «estalle», generando como reacción la postura contraria: el permisivismo. El relativismo actual, el «todo vale» en buena medida se explica como respuesta frente a este modo de concebir la moral.

e) Algunas preguntas acerca de esta concepción de la moral

+ ¿Qué podríamos decir acerca del supuesto kantiano del desorden de nuestra pasionalidad, afectos, impulsos?

Cabe recordar acá lo que planteamos en la primera parte acerca de dos niveles en nuestra interioridad: uno más profundo, en el que permanece inalterable la obra creadora, la tendencia de lo hondo de nuestro ser hacia Dios y otro más periférico, en el que a consecuencia de nuestras malas elecciones hay desorden. En síntesis, el fondo último del hombre no es el caos sino un orden básico que puede ser recuperado.

+ ¿Qué decir del estricto autocontrol, de la represión del desorden de nuestro mundo interior?

Más adecuado que un planteo de represión respecto del desorden en nuestra interioridad es una propuesta de dominio, disciplina, ambos términos con connotaciones bien diferentes de las implicancias de la palabra represión. Éstos se abren a algo ulterior, no como en el caso de la represión en la que se bloquea la afectividad, las pasiones etc. El dominio, la disciplina se ordenan a reencauzar las inclinaciones desordenadas.⁴⁷

+ ¿Es verdad que tener afectos me hace perder señorío, autonomía, que me vuelvo dependiente de otro? Sí, pierdo autonomía porque algo o alguien entra en mi vida y me moviliza. Pero el hombre no es un ser autónomo, sino relacional. Alcanza plenitud no autónomamente sino en el encuentro con las cosas y con los demás. La afectividad no representa un límite que tendría que desechar, sino por el contrario, una fuente energizante. Así como el conocimiento de la verdad ilumina mi interior, el ser afectado por bienes energiza mi interioridad. Si no percibiera bienes, valores en lo real que me impactaran y «activa-

⁴⁷ La represión busca suprimir los afectos. Pretende lograr una actitud de apatía frente a lo real. Etimológicamente apatía significa sin pasión, sin afectos. El dominio, la disciplina, en cambio, «frenan» momentáneamente un afecto desordenado, el deseo de venganza por ejemplo, buscando encauzarlo ordenadamente, sacando a la luz la búsqueda de justicia subyacente.

ran», permanecería apático, no me entusiasmaría ni «vibraría» por nada. La afectividad no sólo no implica de por sí un desorden, aunque pueda desordenarse, sino que cumple un papel importantísimo en la vida humana: es su fuente energética.⁴⁸

+ ¿Sólo hay afectividad a nivel sensible?

Kant ubica la afectividad en la esfera inferior a la inteligencia y voluntad: la esfera sensible. No reconoce la existencia de afectos espirituales que tienen su sede en la voluntad. Sin embargo es allí, en la **afectividad espiritual -fuente de sentimientos-** libre y más estable, en donde el hombre puede fundar compromisos afectivos permanentes. Si la **afectividad** fuera sólo **sensible -fuente de emociones-** sus compromisos afectivos serían tan pasajeros y sujetos a altibajos como ella.⁴⁹

48 Si al despertar a la mañana, no encuentro nada valioso que me motive a ponerme en marcha: un trabajo que en sí mismo tiene importancia para mí, o la tiene por lo que representa para el sostén de mi familia, o personas a las que estoy vinculada afectivamente -hijos, personas mayores- que demandan la atención de mi persona, no tendré energías para «activarme». O lo haré fundado en un puro esfuerzo de voluntad, al que hemos denominado antes **voluntarismo**, de dudoso alcance y efectividad.

II. Moral de felicidad

Comparemos ahora esta moral de obligación con la moral de felicidad.

Hay dos pasajes de Guardini que nos llevan de una ética a la otra, poniendo en evidencia la gran distancia existente entre ambas.

La doctrina moral se ha vuelto excesivamente doctrina de lo prohibido; estas consideraciones quieren hacer justicia a la elevación viva, a la grandeza y la belleza del bien. Con demasiada frecuencia se ve la norma ética como algo que se impone desde fuera a un hombre en rebelión; aquí el bien ha de entenderse como aquello cuya realización es lo que de veras hace al hombre ser hombre...es motivo de alegría.

49 Si en el plano amoroso por ejemplo, sólo reconocemos y cultivamos una atracción sensible -ligada en buena medida a lo orgánico- el alcance y duración de nuestro vínculo, estará sujeto a altibajos o a su desaparición, sin intervención de nuestra libertad. Si, en cambio, reconozco la existencia en mi persona de una afectividad espiritual, que brota de mi voluntad o más propiamente del **corazón** -entendiendo a este no en su sentido actual que lo restringe a lo sensible, sino como **núcleo interior, intelectualivo volitivo**- mis afectos no serán ciegos sino lúcidos y asumidos libremente. De este modo, en un momento de aridez sensible, podré mantener un compromiso afectivo más allá de cualquier vaivén emotivo.

*Hace cuarenta años escribió el filósofo Max Scheler un artículo que lleva por título: «Para la rehabilitación de la virtud». Es un poco extraño, pero comprensible si se piensa que entonces se reanimaba la ética, que bajo el dominio de Kant se había reseca-do en una doctrina de deber, y se empezaba a comprender otra vez el bien como algo vivo, que afecta a todo el hombre.*⁵⁰

Recordemos que bien y verdad son dos caras de la realidad. Difieren según la facultad con la que se vinculan. Por ello, esta ética que describe Guardini cuyo punto de referencia es el bien, es la misma ética realista que hemos descrito en la primera parte.

En estos dos párrafos se ve claramente el contraste entre ambas: la **ética del deber**, es «doctrina de lo prohibido» en la que «la norma se impone desde fuera a un hombre en rebelión», a su mundo interior caótico, tal como lo ve Kant. Se trata de una norma ajena a nosotros que reprime nuestro verdadero ser.

La **ética del bien**, en cambio, es algo grande que nos vivifica y cuya realización es lo que nos hace plenamente humanos y es motivo de alegría.

⁵⁰Romano Guardini, *Una ética para nuestro tiempo*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1974, pgs.12 y 14.

Es una ética que conduce a la felicidad. Nos marca el camino para llegar a ella.

a) Ética del bien, ética de la felicidad

Todos buscamos ser felices. El que se droga, el que se suicida, el sádico también. Podemos errar el camino por el cual alcanzar la felicidad, somos libres para elegirlo, pero no lo somos en nuestro deseo de felicidad. Este es connatural a todo ser humano.⁵¹

¿Y qué es lo que nos hace felices, aunque sea de un modo parcial? Todo lo que el hombre busca lo hace porque ve allí un bien, aun cuando lo haga desordenadamente y esa búsqueda resulte en una acción mala desde el punto de vista moral. Sin embargo, ¿no busca males, por ejemplo, al drogarse, al suicidarse? Lo que busca en ellos es un bien, pero lo hace por caminos erróneos. En la droga intenta, por ejemplo, lograr alivio a una

51 Para expresarnos con más propiedad, podríamos decir que no hay en nosotros libertad de elección frente a la felicidad como meta última de nuestra vida. Este deseo es un dato interior, no somos nosotros quienes elegimos el querer ser felices. A pesar de ello, paradójicamente, el deseo de felicidad tiene su origen en nuestro centro personal más íntimo. Podríamos decir que es el deseo más propio del hombre, a un punto tal, que el ser humano se podría definir como aquel que busca por sobre todas las cosas la felicidad. Cfr Josef Pieper, *El ocio y la vida intelectual*, Ediciones Rialp, Madrid, 1974, pg 243.

situación existencial muy negativa. Ese alivio es un bien aun cuando yerre en el modo de encontrarlo. En el suicidio, aspira a encontrar paz, salir de una situación de sufrimiento límite. Sucede lo mismo que en el ejemplo anterior: busca un bien por caminos equivocados y por ello, su acción, moralmente hablando es mala.

El bien es para todos la fuente de la felicidad. Ahora bien, por nuestra condición corpóreo **espiritual** estamos abiertos a la totalidad, por ello, nuestro espíritu sólo se sacia con el Bien Pleno, infinito, imperecedero. Los bienes finitos, parciales, no nos conforman enteramente. Nadie «se instala» en ellos y queda satisfecho. Esto es precisamente lo que expresan las palabras ya citadas de San Agustín: *nos hiciste Señor para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que no descansa en Ti*. La insatisfacción se enmascara a veces tras de una vida superficial pero no desaparece.

Una ética entonces centrada en el bien o en su otra cara, la verdad, es una ética de la felicidad que intenta guiarnos para acertar en esta búsqueda. Nos orienta para no confundir lo inferior con lo superior, los medios con los fines. Nos encauza hacia lo que realmente puede satisfacernos: el Bien Supremo.

b) ¿Pero...la búsqueda de la propia felicidad no es egoísmo?

Hay quienes -Kant entre ellos- han visto en el de-

seo de felicidad, algo interesado, egoísta y por ello la han rechazado como meta de nuestra vida.

Sin embargo, la búsqueda del propio bien, la búsqueda de la felicidad es el parámetro evangélico del amor a los demás⁵²: *ama a tu prójimo como a ti mismo*. (Mt 22, 39) El amor a sí es la medida del amor a los demás. Al amarnos coincidimos con el amor que Dios nos tiene. Pero... ¿Cristo no nos dice también: *El que quiera seguirme niéguese a sí mismo, cargue con su cruz y sígame?* (Mt, 16,24) ¿Cómo conciliar ambas afirmaciones?

Es necesario distinguir: un **amor ordenado a sí** de un **amor desordenado a sí mismo**. El segundo se centra en sí y nos aísla de los demás. El verdadero amor a nosotros mismos no excluye a los otros, por el contrario se concreta de un modo paradójico. Al olvidarnos de nosotros, al entregarnos a los demás buscando su bien, nos encontramos. Descubrimos así que el verdadero amor a sí mismo, el deseo de plenitud, de felicidad y el amor a los demás no se contraponen.

Hay otras palabras de Cristo que marcan de un modo patente esta paradoja: *el que quiera salvar su*

⁵² Los grandes autores clásicos -paganos y cristianos- han puesto a la felicidad como eje de la ética. Aristóteles por ejemplo, dedica a este tema el primer y último capítulo de su ética. San Agustín se expresa así: *¿Qué pedir? Ser feliz*. Santo Tomás, ve allí -en el tema de la felicidad- la clave de bóveda de la ética.

vida, la perderá. El que pierda su vida por mí, la encontrará. (Mt, 16,25)

Y esta verdad evangélica, es constatada también por la psiquiatría. Josef Pieper, comentando conclusiones a las que ha llegado la caracterología y la psiquiatría afirma:

*Mérito es de la caracterología moderna, edificada sobre el fundamento de la psiquiatría, el haber advertido que **la falta de valor para hacer frente a las injurias y para consumir la entrega de sí, debe ser contada entre las más profundas causas de enfermedad psíquica.** El rasgo capital que sirve de denominador común a los más diversos tipos de neurosis parece ser un «ego-centrismo» dominado por la angustia, una voluntad de seguridad que se cierra convulsivamente en sí misma, una incapacidad para «abandonarse» que ni por un solo instante cesa de ser el centro de su propia mirada; en suma: **esa especie de amor a la propia vida que cabalmente conduce a la pérdida de ella.** No deja de ser sintomática la circunstancia, en modo alguno casual, de que los actuales caracterólogos hayan recurrido más de una vez en forma explícita al adagio: «el que ama su vida, la perderá». Porque fuera de su inmediata significación religiosa, este adagio constituye la más literal expresión del dato que la caracterología y la psiquiatría han sabido constatar: «el riesgo a que se expone el yo es tanto más grave,*

*cuanto mayor la solicitud con que se busca su protección».*⁵³

La clave de la salud mental, corrobora la afirmación evangélica: la logra el yo cuando no se centra en sí, sino cuando se entrega. Al olvidarse de sí, alcanza plenitud existencial, felicidad. Por el contrario, cuanto más centrados en nosotros mismos, más insatisfechos estamos. Nuestro yo es muy pequeño para saciar el deseo profundo de infinito que late en lo hondo del corazón humano. Es lo que también expresa Francisco de Asís, de un modo muy hondo y simple a la vez, en su conocida oración:

*Oh Señor, que no busque tanto
Ser consolado, como consolar.
Ser comprendido, como comprender.
Ser amado, como amar.
Porque es dando, que se recibe,
Perdonando, que se es perdonado.
Muriendo que se resucita a la Vida Eterna.*

En definitiva, dándonos, olvidándonos de nosotros mismos, nos encontramos. La búsqueda de la felicidad no es egoísmo, se alcanza por el contrario en la entrega

⁵³ Josef Pieper, *Justicia y Fortaleza*, Ediciones Rialp, Madrid, 1968, pgs.243-244.

de sí a los demás.

c) ¿La ética de la felicidad es compatible con las leyes, mandamientos, preceptos?

A la luz de estos nuevos aspectos de la ética realista que es ética de la felicidad, ¿qué papel tienen en ella las leyes, mandamientos, preceptos?

Estos están presentes pero con una connotación muy particular, con un **sentido sapiencial**, iluminador, bien diferente del **voluntarista** que tienen en la moral de obligación, en la cual representan un conjunto de órdenes ciegas.

Si la meta de la vida del hombre es la felicidad - hacia ella fuimos lanzados en el mismo acto creador- ¿qué papel tendrá la ética en nuestra vida? Es una guía para nuestro obrar que se concreta precisamente mediante la ley, los mandamientos, los preceptos que iluminan el camino hacia ella.

Si comparáramos nuestra vida con una ruta oscura -y bien podemos hacerlo dada la complejidad del camino que hemos de recorrer y las dificultades para acertar en lo que nos conduce a la meta- ¿a quien podríamos considerar más afortunado: al que va a oscuras, sin luces, ni señales y tampoco tiene marcados los bordes del camino que indican los límites dentro de los cuales es posible circular, o a quien, por el contrario, va por una senda iluminada, con carteles señalizadores, y con los bordes de la ruta bien delineados?

La ley, los mandamientos, los preceptos cumplen precisamente el papel de esas señales y luces en la ruta oscura.

El salmo 118 expresa de un modo muy vívido la experiencia de la ley como un don que ilumina, expande, da vida y alegra el corazón, pues nos orienta y da firmeza a nuestros pasos en el camino de la vida.

*Jamás olvidaré tus decretos,
pues con ellos me diste vida*

*Tu mandato me hace más sabio que
mis enemigos, siempre me acompaña.*

*Lámpara es tu palabra para mis pasos,
luz en mi sendero;*

*Tus preceptos son mi herencia perpetua,
la alegría de mi corazón.*

*Yo amo tus mandatos,
más que el oro purísimo.*

*Tus preceptos son admirables,
por eso los guarda mi alma...*

*Enséñame tus leyes.
Soy pequeño y despreciable,*

pero no olvido tus decretos;

*Escucha mi voz, por tu misericordia
con tus mandamientos dame vida;*

*Tú, Señor, estás cerca,
y todos tus mandatos son estables;*

*hace tiempo comprendí que tus preceptos
los fundaste para siempre.⁵⁴*

¿Que suscita, en cambio, la ausencia de la ley, los mandamientos, los preceptos a los que alude el salmo? Desorientación, angustia, estrechez en el corazón porque bloquea el paso y nos impide avanzar.

54 El salmo 118 es un canto de alabanza a la ley de Dios. Expresa la honda experiencia de la ley como un gran don que ilumina el camino, expande y vivifica el corazón. Esta ley se apoya en la verdad de las cosas, en la verdad del hombre. Dios es Creador y Redentor, lo recordamos una vez más. Su ley no contraría nunca nuestro ser. Por el contrario, busca orientarnos para llevarlo a plenitud -es lo que trasmite precisamente el salmo-. Y **la gracia obtenida por su Redención, nos hace capaces de quitar las trabas con las que el desorden del pecado lo ha bloqueado, impidiendo su expansión.**

A modo de conclusión: apertura de corazón o *amathía* ⁵⁵

Al inicio de estas reflexiones hicimos alusión a la «pérdida de la realidad» que vive el hombre contemporáneo. Pérdida, en estrecha vinculación con el deseo de autosuficiencia y autonomía. El reconocimiento de la realidad conlleva el de su ínsita verdad y bondad, lo cual no puede sino demandar nuestra atención, escucha y un obrar acorde a ellas. Hoy, el hombre solo ve frente a sí y en el propio ser un material «amorfo», sin contornos, estructura, sentido ni valor, un material susceptible de ser moldeado según sus deseos.

Nuestro «llamado» a reencontrar la realidad, y la enorme riqueza de su carácter creatural, pone en juego no sólo nuestra inteligencia sino también nuestra afectividad. No somos «inteligencias puras», sino seres afectivos y nuestra afectividad condiciona el conocimiento, favoreciéndolo -cuando hay genuino interés en llegar a conocer- o entorpeciéndolo -cuando el tema en cuestión nos resulta indiferente o cuando no queremos ver por temor al compromiso que conllevaría la visión. Por ello, llegar a conocer los temas que afectan el sentido de nuestra existencia, requiere, particularmente, apertura de corazón,

55 Este término designa -tanto en la Biblia, como en grandes autores griegos como Sócrates, Platón y Aristóteles- un no querer ver, una **ignorancia voluntaria**. Cfr Emilio Komar, *La verdad como vigencia y dinamismo*, Ediciones Sabiduría Cristiana, Bs. As., pg 15.

en el significado más rico de este término: apertura de nuestro núcleo interior, intelectual volitivo.

Con frecuencia, se da en nosotros lo que los antiguos llamaban *amathía*.⁵⁶ No vemos porque no queremos ver, nuestro corazón se cierra frente a aquello que lo comprometería con algo que no está dispuesto a aceptar.

Deseamos que estas breves reflexiones puedan contribuir, en una pequeña medida, a suscitar el deseo de purificar nuestra mirada de todo lo que pueda oscurecerla. La realidad que sale al encuentro de todo corazón abierto -liberado de prejuicios- es grande y expansiva. No hay posibilidad de pérdida alguna frente a ella. Por el contrario, todo es ganancia en términos de vida plena y porque no, de apertura a la eternidad.

25 de octubre de 2016

56 Esta *amathía* o ignorancia voluntaria es uno de los recursos de nuestro corazón desordenado para obrar mal «libremente», sin la molestia de la luz de la verdad. Una tentación de nuestro corazón es a veces generar en nuestro interior planteos confusos que facilitan decisiones erróneas. En *La verdad como vigencia y dinamismo*, nos dice Komar: *El hombre para poder obrar mal necesita no ver claro, embarullar la situación...todas las tentaciones, intromisiones del mal en el hombre..empiezan por generar confusión, borrar los contornos, confundir los planteos, porque recién entonces es posible adoptar falsas decisiones. No por ignorancia en el sentido corriente...sino por una ignorancia que en cierto sentido es consentida...De manera que la primera defensa contra el desorden moral es la claridad de visión que permite claridad opcional.* Emilio Komar, op. cit. pg 17

Índice

Nota preliminar	5
Introducción	7

PRIMERA PARTE

I. Un eje clave: carácter creatural del mundo	11
a) ¿Idea de creaturidad, superada por la ciencia?	12
b) ¿Pero...es orden lo que vemos a nuestro alrededor?	15
c) El orden en los artefactos	17
d) ¿Y el ámbito humano?: Miseria y grandeza	18
e) El orden corroborado por la ciencia, confirma la creaturidad	18

II. La verdad: primera consecuencia de la creaturidad	19
a) Las cosas son verdaderas	19
b) En ellas se fundan nuestros conocimientos verdaderos	20
c) Para el hombre actual las cosas son como a cada uno le parecen	21
d) Sócrates anticipa la seriedad del tema de la verdad que deviene realidad personal en Jesucristo	22
e) Implicancias de la postura relativista y de la postura realista	23
f) Verdad de las cosas. Verdad del ser humano	25
g) El hombre contemporáneo rechaza la existencia de la verdad en su ser	26
h) La verdad del hombre: algo común a todos y algo propio de cada uno en particular	28
i) Conócete a ti mismo y sé lo que eres	31
j) El «conócete a ti mismo», ¿no conduce a descubrir mucho desorden en nuestro interior?	33

**III. La bondad: otra consecuencia
de la creaturidad 35**

- a) Por haber sido creadas
las cosas son buenas 35
- b) La verdad de las cosas ilumina mi
inteligencia, su bondad energiza mi voluntad 37
- c) La bondad de las cosas. La bondad
de las acciones libres 39
- d) ¿Cómo explicar la existencia
del mal en un mundo creado? 40
- e) Libres, ¿por qué un don tan riesgoso? 42
- f) Misterio no absurdo 44

**IV. Ética cristiana:
¿represiva o liberadora? 45**

V. Dios, Creador y Redentor 47

SEGUNDA PARTE

**Dos grandes visiones morales:
moral de felicidad y moral de obligación 49**

I. Moral de obligación 51

- a) Kant, autor clave 51
- b) No percibe ya el carácter
creatural de lo real 52
- c) Profunda desconfianza de
nuestro mundo interior 54
- d) Deberes y obligaciones
son impuestos, ajenos a nuestro ser 54
- e) Algunas preguntas acerca de
esta concepción de la moral 55

II. Moral de felicidad 58

- a) Ética del bien, ética de la felicidad 60
- b) ¿Pero... la búsqueda de la propia
felicidad no es egoísmo? 61
- c) ¿La ética de la felicidad es compatible
con las leyes, mandamientos, preceptos? 65

**A modo de conclusión:
apertura de corazón o *amathía* 68**

Impreso en
RICARDI IMPRESOS
Terrada 5470
(1419) CABA
Noviembre de 2016